

LITERATURA JUDIA

3ra. Parte

Mariano Lebrón Saviñón

CULTOS Y FIESTAS RELIGIOSAS.

El Dios de los hebreos era espiritual; por eso no se le podía representar en pintura o escultura.

El culto consistía en plegarias, cánticos y ofrendas de pan, incienso, y víctimas que se sacrificaban en el ara del Eterno, casi siempre carneros y palomas. Los encargados de los holocaustos eran los sacerdotes o levitas, que se llamaban así porque todos pertenecían a la tribu de Leví.

Al principio, la presencia de Dios se insinuaba en un símbolo improfanable, esto es, en el *Arca de la Alianza*, que era como un pequeño templo portátil, que contenía las *Tablas de la Ley*, símbolo del contrato o la alianza entre el Eterno y su pueblo, y que David hizo conducir a Jerusalén.

Salomón trasladó el culto al templo monumental que mandó construir en Jerusalén, y para lo cual los reinos vecinos le enviaron obreros y materiales, en señal de amistad y admiración al poderoso e inteligente rey de Israel.

Este templo fue destruido cuando los judíos salieron camino al forzado exilio, pero cuando regresaron lo volvieron a construir.

Después de cincuenta años de cautiverio en Babilonia volvió a levantarse airoso el templo que un día fue orgullo de Jerusalén.

Arruinado de nuevo, setenta años después del nacimiento de Cristo, cuando el emperador Tito destruyó la ciudad de Jerusalén, se perdió idea de su magnitud. Sólo lo conocemos por las descripciones de la Biblia, y sabemos que era suntuoso y grande, grandiosidad de la que sólo da idea un muro de enormes sillares, que se cree formó parte del templo, y que constituye el *Muro de las Lamentaciones*, donde los judíos iban por luengos años a llorar la destrucción de su templo y la pérdida de su patria.

En determinadas épocas del año celebran los israelitas grandes fiestas religiosas. La principal es la de las Pascuas, gran fiesta anual que recuerda la salida de Egipto; ese día se degüella el cordero pascual, que se sirve en la cena tras el simulacro del éxodo. Cincuenta días después se celebra la Pascua de Pentecostés, que conmemora el día en que Moisés recibió la Tabla de la Ley en el Sinaí.

El sábado de cada semana se celebra el descanso del séptimo día, práctica que siguen los *adventistas del séptimo día*.

UN PUEBLO DESDICHADO.

Después del 722, en que Israel cae en manos de los asirios, duros guerreros montañeses del Norte de Mesopotamia, pasa en el siguiente siglo a manos de los caldeos.

A partir de este punto la historia de Israel es la historia de un pueblo desdichado.

Desdichado pero orgulloso y emprendedor.

Aprovechando las disputas entre Israel y Judá, los egipcios invadieron ambos estados al mando de Sisac, destruyendo el pueblo de Jerusalén, puñalada mortal al orgullo de las tribus semíticas.

Tras llevarlos a una ruina total, tornó Sisac a sus tierras con cuantioso botín. Más tarde, después del desenfrenado

despotismo de Acab y su esposa, la impía Jezabel, Jehú gobernó con el terror y una insensata xenofobia que le atrajo arrasadoras invasiones del Este.

Consumóse al fin la gran ruina de Israel que había predicho el profeta Isaías, al caer bajo las garras de Nabucodonosor, rey de Babilonia, la nación más civilizada de la época.

Jeremías quiso evitar la ruina, pero no lo escucharon, y este profeta cantó, en sus *Lamentaciones*, la caída del pueblo de Jehová.

Las *Lamentaciones* de Jeremías son uno de los libros más hermosos de la Biblia; lo forman cinco capítulos que constituyen una bella Elegía.

Empieza diciendo:

*¡Cómo está sentada sola la ciudad populosa!
La grande entre las naciones se ha vuelto como viuda.*

*La señora de provincias es hecha tributaria,
Amargamente llora en la noche y sus lágrimas
en sus mejillas
No tiene quien la consuele de todos sus amadores:
Todos sus amigos le faltaron, volviéronse
enemigos. (103)*

Y en seguida continúa con este hondo clamor elegíaco:

*Decían sus madres: ¿Dónde está el trigo y el vino?
Desfallecían como heridos en las calles de la ciudad,
Derramando sus almas en el regazo de sus madres.
¿Qué testigo te traeré, o a quién te haré seme-
jante, hija de Jerusalén?
¿A quién te compararé para consolarte, oh, virgen
hija de Sión?
Porque grande es tu quebrantamiento con la mar:
¿Quién te medicinará?*

*Tus profetas vieron para ti vanidad y locura;
Y no descubrieron tu pecado para estorbar tu cautiverio,*

*Sino que te predicaron vanas profecías y extravíos.
Todos los que pasaban por el camino batieron las
manos sobre ti;
Silbaron, y movieron sus cabezas sobre la hija
de Jerusalén diciendo:*

*¿Es esta ciudad que decían de perfecta hermosura
el gozo de toda la tierra?
Todos tus enemigos abrieron sobre ti su boca*

Silbaron, y rechinaron los dientes; dijeron: devoremos.

*Cierto, éste es el día que esperábamos;
lo hemos hallado; vímoslo. (104)*

Y en ese tono sigue Jeremías, el profeta gemebundo, hasta el fin. Los judíos en el exilio de Babilonia no fueron esclavos y algunos medraron en las actividades comerciales, en las que, desde entonces, han sido insuperables.

Ciro el Grande liberó a los judíos de su esclavitud y éstos pudieron regresar a sus hogares. En este momento de la historia los medos eran los dueños del mundo. Muy pocos judíos regresaron. La mayoría quedó deambulando por las ciudades de Persia, Egipto y Babilonia, smergidos en sus propias creencias, fieles a las leyes mosaicas. Por mor de sus creencias vivían formando un pueblo aparte, que despreciaba a todo aquel que no rindiera culto a Jehová, prohibiéndoles a sus muchachos y muchachas unirse con los del pueblo donde vivían, comer sus manjares o acatar sus rituales. En fin: pueblo aparte, soledoso y recio, respetando las leyes que en el fondo despreciaban cuando rozaban con sus creencias.

Este apartamiento, esta amixia, hizo que los pueblos vieran a estos raros huéspedes con hondos resentimientos. Por

eso los odiaban los persas, y empezaron a perecer en continuadas persecuciones.

Uno de los reyes persas, Asuero (105), había casado con una joven judía, de nombre Esther. Su primo Mardoqueo, que la visitaba frecuentemente, descubrió una trama contra el rey, y la denunció, ganándose el agradecimiento de Asuero. Esto concitó el odio de Amán, ministro del rey, que fue llenando el alma del monarca de inquinas y resentimientos contra los judíos.

Logró, pues, que Asuero dictara una ley mediante la cual condenaba a muerte a todos los judíos. Amán proyectaba una matanza para un día escogido. Pronto Mardoqueo se enteró del terrible peligro y se lo comunicó a Esther. Esta celebró un banquete al cual invitó junto a su esposo real, a su primo Mardoqueo y al protervo Amán. En el mismo le pidió al monarca que salvara a su pueblo. Asuero conoció los detalles de la intriga infernal e hizo que ahorcaran a Amán en el mismo patíbulo que reservaba para los judíos. Este episodio es recordado por los judíos todos los años, donde quiera que estén. Es la fiesta llamada *Pirim* o *fiesta de la suerte*, entre el 13 y el 15 del mes de *adar* (106).

Este dramático episodio fue tema de una de las grandes tragedias de Racine, que él tituló, simplemente, *Esther*.

Después de esto vinieron los griegos con su espléndida civilización paradigma de civilizaciones, y una cultura que debió iluminar el mundo por siglos.

Alejandro Magno, el que incorporó la Judea al sistema provincial de los pueblos helenos, llevaba entre los pliegues de sus magníficos estandartes, el soplo civilizador que flotaba en la Hélade. Las ideas de Solón y de Pericles iban con él, y trataba de aprontar rimeros de datos para la *Historia Natural* de Aristóteles. Fundó junto al Nilo la ciudad de Alejandría, que fue foco de atracción, lo mismo que Atenas, de buena copia de judíos que seguían despoblando a Jerusalén.

Un príncipe sirio, Antioco, conoció el boato y la placidez de Roma, entonces en ciernes, y se dio cuenta de cómo la gran Jerusalén no era en realidad otra cosa sino una

aldea perdida en las rutas de las conquistas; sus leyes, muy rígidas, tal como seguían leyéndose en el *Libro de la Thora*, y Jehová, muy sombrío, ante los retozos y caprichos casi humanos de Júpiter y sus dioses amigos.

Antioco quiso llevar a este pueblo la cultura griega; pero el pueblo, tradicionalista, le fue hostil, sobre todo cuando quiso acabar con el viejo ceremonial judío, borrando la sagrada significación del sábado y quemando las escrituras sagradas. El pueblo se levantó y él rechazó este brote de sedición con brutal ensañamiento, matando con crudelísima ferocidad y erigiéndole a Zeus un templo en las ruinas humeantes del viejo templo de Jehová.

Esta catástrofe fue contemplada por Matatías, viejo sacerdote y por sus cinco hijos. Matatías sollozó sobre las ruinas de Jerusalén exclamando: “¿Por qué nací para ver la destrucción de mi patria?”

Matatías derribó la estatua de Zeus y se levantó frente al poder despótico real, rechazando a los sirios en el primer empuje. Muy viejo para la lucha, murió; pero sus hijos siguieron la contienda. Los hijos del sacerdote eran: Juan, Simón, Judas, Eleazar y Jontán.

De ellos el gran líder fue Judas, llamado Judas Macabeo (107), símbolo de las luchas de independencia, guerrero y apóstol. Este Macabeo inició la guerra de guerrillas, que inmortalizaría la historia del gran héroe lusitano, Viriato. Después de varias acometidas triunfantes, Judas tomó a Jerusalén y reedificó su templo. Murió en una escaramuza, dejando sin líder al pueblo judío.

MAS ACERCA DE LOS PROFETAS.

Guías espirituales del pueblo judío, a lo largo de su historia, fueron los profetas.

Eran algo más que augures, pues tenían la gracia de Dios, y, según decían, continuamente dialogaban con El.

Eran perfectamente implacables y, a veces, cruelmente intolerantes (108).

El más grande, digno y elocuente de los profetas fue Isaías, tronante, inflexible, celoso de su amor a Jehová. Hacía temblar a la canalla con su voz y fustigó violentamente la idolatría.

Otros profetas, dignos de mención, fueron Natán y Jehú. Este predijo incontables males a la descendencia de Baasa, bajo cuyo reinado se multiplicó la adoración de Baal, funesta deidad fenicia.

Elías es el viejo sublime que simboliza la fe y el fanatismo. Es la encarnación de la terrífica pureza. Fue el más grande profeta anterior a Jesucristo, más grande aún que Jehú y Eliseo. Su figura es evocada entre bramidos de rayos y estertores resquebrajantes de la tierra. El, sublime como un Dios, simboliza todas las fuerzas maravillosas derramadas en un ser humano. Se dice que al morir subió al cielo en un carro de fuego.

Eliseo fue discípulo de Elías y continuó su gran obra, lo mismo que Micheas, ambos temerosos de Jehová.

Amós y Oseas siguieron la ruta de los profetas, con piedad suprema; y a estos siguió Jeremías, a quien le tocó ver la ruina de su pueblo que cantó en sus *Lamentaciones*.

Los profetas de la orfandad judía, del exilio desgraciado, de su ruina y caída, fueron Ezequiel y el que se conoce como "el evangelista entre los profetas".

Ezequiel es la grandeza granítica, el dolor maravilloso de un corazón que, soñando con Dios, llora por su pueblo que fue sordo a las claras señales divinas. Escuchó el lamento poético de Jeremías y se bañó en esta luz, dentro de la mística hebrea, bajo el sueño de un futuro mejor. Fue un Platón judío cuando nos brindó en páginas inolvidables el panorama de un Estado ideal, centrado por Dios, y donde las leyes emanaran no del palacio real sino del templo.

Daniel (109) fue el profeta que predijo el fin de Babilonia, cuando descifró el mensaje que una mano misteriosa trazó en la pared del orgiástico rey que se complacía en un festín.

Este rey era Baltasar, sustituto de Nabucodonosor. Daniel

era un príncipe que se educaba en la corte caldea y perdió el favor real por su fidelidad al culto de Jehová. Tenía la facultad de interpretar los sueños como cualquier sortílego sicofante.

En el *Libro de Daniel*, escrito 400 años después de su muerte, se habla por primera vez del Mesías que esperaba su pueblo.

Otro profeta que urgió a Zorobabel la reconstrucción de Jerusalén, fue Ageo.

Por último, dos grandes profetas fueron Juan y Jesús. Juan el Bautista, colérico y elocuente, “temeroso de la cólera que vendrá”, cual nuevo Elías, imprecador de Reyes; Jesús, manso y divino, como un mismo Dios.

—E L C R I S T I A N I S M O.—

NACIMIENTO DE JESUS.

En un humilde lugar de Judea, reinando, en el 753 de la fundación de Roma, el emperador Augusto— cronología, por otra parte, muy discutida— y siendo rey de los judíos Herodes el Ascalonita, vino al mundo Nuestro Señor Jesucristo, no en cuna de oro, ni bajo ruidoso boato, sino en un establo de Beetleen. Se anunció como el Mesías prometido, destinado a la redención del mundo.

Este nacimiento fue objeto de regocijo singular en la tierra y en el cielo. Hubo grandes prodigios, cánticos celestes y alegría entre los pastores que fueron junto al pesebre para rendirle adoración al divino recién nacido.

Sobre ese establo, que la cristiandad adora, el emperador Adriano hizo construir un templo pagano para el culto de Adonis, el cual, cuando cesaron las persecuciones contra los cristianos, fue destruido, erigiéndose una magnífica iglesia a cuyo alrededor se construyeron varios monasterios.

El pesebre donde nació Cristo fue llevado a Roma,

conservándose en la *Basílica de Santa María la Mayor*, que se llama también, por esta razón, *Santa María del Pesebre*.

Ya hemos dicho que el rey de Judea era Herodes, llamado el Ascalonita, porque había nacido en Ascalón, en el 72 a. de C.; pero sus súbditos y contemporáneos le llamaron *El Grande*, porque desde que fuera colocado en el trono por los romanos, impulsó el progreso del país y fomentó el urbanismo de sus ciudades.

Herodes el Grande tiene, sin embargo, la trágica imputación de haber tratado de asesinar a Jesús cuando, según la Biblia, tres magos llegados de Oriente, en busca del recién nacido, preguntaron al rey en qué punto de Belén había nacido el rey del mundo. Este, que lo ignoraba, pero que se alarmó con la pregunta, dijo a los magos (que se llamaban Melchor, Gaspar y Baltasar) que se lo hicieran saber cuando lo encontraran.

Después que los magos, guiados por la luminosa estrella, llegaron ante el divino pesebre para depositar sus regalos, sospechando que Herodes tramaba algo trágico para el niño, no volvieron a él, sino que retornaron a sus pueblos de Oriente por otra ruta. Ensoberbecido y temeroso el rey de Judea, con el presentimiento de que el presunto niño rey podía destronarlo, según el vaticinio, ordenó el degüello de todo niño menor de un año. La matanza de los inocentes fue atroz. Pero Jesús sobrevivió a ella, porque sus padres habían huido llevándose a Egipto.

EL MUNDO A LA LLEGADA DE JESUS.

Cuando apareció Jesús, la antigüedad pagana se derrumbaba. Este derrumbamiento no fue catastrófico ni súbito. Se produjeron ligeros desmoronamientos, de siglo en siglo, y por estamentos.

Parte por parte va demoliéndose el edificio, y en medio de estos fragmentarios desmoronamientos va medrando la antigüedad cristiana. El desarrollo y la estructura de esa antigüedad delimitan tres acontecimientos de primordial

importancia en la Historia. El primero de ellos es la destrucción del señorío helenístico y sus consecuencias inmediatas.

El segundo acontecimiento es una tregua que marca el poderío romano y dura más de dos siglos, y la cual termina con el catastrófico colapso del 193 d. de C.; cuando todo lo que es notable o egregio en los elementos romanos, se desbarranca por un abismo en medio de la anarquía militar.

El tercer acontecimiento es de una trascendencia mayor porque constituye la disolución, en el medio de ese caos, de las formas sociales de Occidente en lo que se refiere a la estructura esencial.

El resultado de todo eso fue la inevitable invasión de los bárbaros —la tremebunda barbarización del mundo latino—, la conquista de Roma, y la más confusa ordenación del caos en Occidente, a lo cual deben seguir otras catástrofes.

Ya en el siglo III a. de C. el reino de los Seléucidas no había podido conservar la Bactriana, ni el territorio de los partos en el Irán; tampoco pudo impedir la formación de reinos que, aunque de profundas raíces helénicas, eran completamente extraños a la cultura griega y que, desde el punto de vista griego, eran pueblos bárbaros. Entonces, para defenderse contra los partos —todavía tiránicos y muy poderosos— se concitaron luchas continuadas entre varios territorios helenísticos.

Después que Antioco III, el último gran seléucida, sucumbió frente a los romanos en el 190 a. de C., los territorios helenísticos se pusieron voluntariamente bajo la protección de Roma. El reino de los seléucidas, como consecuencia de estos acontecimientos, fue quedándose tan débil, que no pudo resistir la rebelión de los judíos dirigida por los macabeos; y con ellos la restauración de un reino de judíos, desde el año 167, que duró cien años. Judea, hasta el año 63, no fue enteramente romana.

Este período tiene de terrible el hecho de que durante varios siglos se erigió un protector del Estado, desde un reino

nórdico bárbaro: el de Mitrídates del Ponto. Después vino el hecho de la anexión a Roma.

Lo más terrible fue, además, el brutal saqueo, la explotación tremenda efectuados por el descuido de los romanos, más preocupados por sus guerras civiles, que colocaron a Roma al mismo borde del abismo. Le faltó, pues, una verdadera protección exterior.

Y, en ese momento, el mar Mediterráneo, que para Roma había sido el *mare nostrum* —el mar romano—, es decir, un lago de irradiación de riquezas, se convierte en un campo de anárquica piratería.

En ese mundo, donde la verdadera preponderancia la ejercen las religiones, con esa vulnerabilidad de recíprocos influjos, se imponía una renovación religiosa partiendo de las influencias más conocidas entonces: el *pesimismo*, del Irán, con Mitra, como dios supremo; el *judaísmo*, con la promesa del venidero Mesías; el *pautéismo*, de Egipto con Osiris, y todos los otros elementos señalables. La renovación de esta religiosidad tenía que ser abonada con una fe superior, la fe en un futuro salvador.

Esta religión no nacía solariega, con los círculos únicos de sus propios elementos, sino que se supeditaba al marco de los antiguos misterios culturales de los griegos, que le ofrecían, desde Platón, en el mundo espiritual, los conceptos que habían constituido su conquista y que adquirirían un carácter simbólico.

Fue de aquí de donde emergieron las llamadas religiones humanísticas orientales, llenas de misterios, y cuyos símbolos eran Mitra, Serapis y Adonis, como salvadores, como libertadores, esto es como *sóteres*, como los llaman en griego—. Eran religiones de misterio y que tenían su base principal en los milagros y rituales —bautizo, etc—, que la clase culta sólo podía aceptar bajo la gravitación del mundo griego de conceptos que evolucionaban hacia el gnosticismo pagano de carácter puramente simbólico.

Para las gentes ignaras —que eran la gran masa— esos misterios y el ritual que arrastraban, eran vehículos mágicos

que estaban sujetos a la esencia más arraigada de sus creencias. De ahí la gran proliferación de sectas fieles a Mitra: *terapeutas*, *orfilas*, etc. En este mundo, todo es posible, pero, más que nada, el milagro.

Es la época de los salvadores que se hacen visibles, lo que es posible tomando en cuenta que seguía viva la *parousia* de los griegos. Se lucha, entonces, contra los demonios, según vamos a ver en los relatos del *Nuevo Testamento*.

“Y así, en esa época penetra en todo, cada vez más, la representación de la salvación en una esfera purificada, que está por encima de la vida en este mundo, mediante el sóter, es decir, mediante el Salvador” (110)

Y es en este mundo confuso y convulso donde aparece Jesús.

ACTUACION DE JESUS

A la llegada de Jesús, los judíos se encontraban divididos en tres sectas o bandos que se denominaron: *fariseos*, *saduceos* y *esenios*.

Los *fariseos* eran fieles guardadores de la Ley antigua, austeros e intransigentes, celosos e inflexiblemente tradicionalistas.

Ellos se aplicaban la ley *per se*, de acuerdo con su texto, sin considerar, en ningún momento, el espíritu de la misma; y unas veces sinceramente, con fervor fanático, y, otras afectadamente, exageraban la observancia de los pretextos rituales, por lo cual en el mundo cristiano su nombre ha quedado como sinónimo de hipocresía. Para los que todavía son fieles al canon judío los *fariseos* eran el símbolo de la honestidad.

Los *saduceos* fingían también gran celo religioso, ya que el fin que perseguían era el acaparamiento de honores y la obtención de bienes materiales, sin cuidarse para nada de las

puras esencias del espíritu, pues eran materialistas y no creían en la vida futura.

Los *esenios*, por el contrario, se preocupaban muy poco del culto externo, profesando una moral austera y, a la manera de los jainas hindúes, (111) se mantenían castos, puros; vivían en comunidades, practicaban el amor y desterraban el egoísmo, ejercitándose en obras caritativas.

Fueron los *esenios*, por tanto, los que se acercaron a Jesús, le conocieron y comprendieron su alta misión de amor y su mesianismo.

Los *samaritanos* constituían un grupo aparte, desde el punto de vista étnico y religioso, por mor, entre otras cosas, de sus mezclas recias de judíos con extranjeros idólatras. Por eso habían hecho de su religión una rara amalgama de creencias bíblicas y supersticiones orientales y sostenían, empecinadamente, que Dios no debía ser adorado en el templo de Jerusalén sino en el monte Garizin.

De los cuatro grupos citados, dos facciones se mantenían en continua lucha tras el poder: un primer grupo de carácter conservador, que estaba integrado por los *sacerdotes*, y los *saduceos*, porque la mayoría de los integrantes del clero provenían de esta secta.

El nombre hebreo de los *saduceos* era *zadokin*, y le venía de su sacerdote fundador *Zadok*. Los *saduceos* eran en política profundamente nacionalistas; en religión, ortodoxos. Para ellos el verdadero culto, la verdadera piedad religiosa, la verdadera fe consistía en la estricta observancia, sin flaquezas ni desvíos, de la *Thora*, es decir, la Ley escrita que venía imponiéndose al pueblo judío desde los días de Moisés.

No existía para ellos otra ley, ni aceptaban las *garambainas* y aditamentos de la tradición oral, ni las lucubraciones interpretativas que, a veces, se permitían los *fariseos*. Como no creían en la inmortalidad hacían todo lo posible por poseer las buenas cosas de este mundo.

Los *fariseos* (o *perushim*, separatistas), recibieron este nombre de los saduceos para significar que se separaban, como hicieron los que caían en pecado de fe, en impureza religiosa,

descuidando la estricta sanidad de la limpieza ritual. Eran como los continuadores de los *hasidim* o piadosos del tiempo de los Macabeos, partidarios de la estricta aplicación de la Ley.

Josefo era uno de ellos.

Los judíos, principalmente los *fariseos*, no reconocieron a Jesús como un Mesías, y, temerosos de que se tratara de un peligroso revolucionario que predicaba en contra de la Ley, lo combatieron.

En todos los sermones Jesús hacía una alusión imprecante a *fariseos* y *saduceos*.

Decía a sus discípulos:

“Mirad y guardáos de la levadura de los fariseos y saduceos” (112)

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres: que ni vosotros entráis, ni a los que están entrando dejáis entrar” (113)

Pero su doctrina vino entera en el *Sermón de la Montaña*, el más hermoso y revolucionario de todos los discursos, donde trae un nuevo mensaje, completamente contrapuesto al viejo mensaje de la Ley.

Los judíos, exasperados por esta imagen de amor y fe incomprensible, lo acusaron de sedicioso e impostor ante el pretor romano, que lo era Poncio Pilato, quien, aunque se lavó las manos, permitió que se le condenase a muerte, en el ignominioso y terrible suplicio de la cruz. Por eso un escritor estigmatiza a Pilato con este juicio:

“Poncio Pilato, el odioso tipo de aquellos gobernantes que, por temor de perder su cargo, ceden a la presión de las muchedumbres autorizando o consintiendo las mayores iniquidades.”

Poncio Pilato que, según algunos historiadores, nació en España, mientras su padre ejercía allí la autoridad romana, cayó más tarde en la desgracia del César, y desterrado a un lejano pueblo de las Galias, se suicidó.

El tormento de la cruz era romano e infamante por demás, pues se reservaba para los delincuentes. De aquí el que en el calvario se elevaron, a ambos lados de la cruz de Cristo, las de dos ladrones. Además de ésto, el suplicio de la cruz era más tormentoso que ningún otro, pues, según afirmación de alguien, es el resumen de todos los tormentos, ya que infama, como el patíbulo; hiere, como espada; disloca, como potro; desgarrar, como garfio; despedaza, como fiera, y consume, como fuego. Por eso dice un gran escritor que el leño de la cruz flota “desde entonces sobre el mar del tiempo como tabla de salvación en las deshechas borrascas de la vida y el ineluctable naufragio de la muerte”.

Y el poeta místico Almendros Espinar escribe:

*Parece estar la cruz, signo de duelo,
cerrando augusto con su pie el profundo,
con la excelsa cabeza abriendo el cielo
y con los brazos abarcando el mundo.*

Poncio Pilato, obligado, por el temor, a consentir la muerte de Jesús, quiso vengarse de los judíos con una burla doliente, por lo cual hizo colocar encima de la cabeza del ajusticiado una tablilla con la siguiente inscripción: *IESUS Nazarenus Rex Iuderem*, cuyas iniciales forman la sigla INRI, que se pone en los crucifijos. Esta cruz en la que sufrió y murió el Cristo, fue encontrada, según la historia, por Santa Elena, madre del emperador Constantino.

La nota de infinita bondad, incomprensible en un hombre, pero valedera en un ser divino, fue el hecho de que mientras agonizaba en lo alto de la cruz, perdonó a sus verdugos y perseguidores, impetrando de Dios comprensión para los hombres.

Por eso ha dicho Castelar:

“Grande es el Dios del Sinaí: el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios y, sin embargo, diciendo: ¡ Padre mío, perdónalos, perdona a mis verdugos, perdona a mis perseguidores porque no saben lo que hacen”! Grande es la religión del poder, pero es más grande la religión del amor; grande es la religión de la justicia implacable; pero es más grande la religión del poder misericordioso” (114).

Cuando Cristo murió, Tiberio reinaba en Roma, y el gobierno de Judea era detentado por Herodes Antipas, o sea, el Tetrarca, llamado así porque su padre, el Ascalonita, al morir, dejó repartido su reinado en cuatro: Galilea, Samaria, Judea y Perea, tocando a Herodes Antipas el de Judea. A este Herodes se le ha llamado el *Deicida*, porque fue quien pronunció la sentencia de muerte contra Jesús.

Como Pilato, Herodes perdió la gracia del César, que lo era a la sazón Calígula (concupiscente, cruel, homosexual e imbécil) siendo destituido y desterrado a España, donde murió miserablemente, víctima de una dermopatía que lo hundió, en plena vida, en la podre, cayéndosele a pedazos la carne nauseabunda. (115)

LA DOCTRINA DE JESUS.

La santa doctrina de Jesús fue recogida por sus discípulos y vertida en los Evangelios. La palabra *Evangelio* significa, en griego, *Buena Nueva*, y, por tanto, da nombre a los libros sagrados que contienen la biografía de Jesús, su paso por la tierra, sus hazañas prodigiosas y, sobre todo, su doctrina. Los cuatro evangelistas o biógrafos de Jesús, difusores de su portentosa filosofía de amor, son: San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan. En ellos vemos la

trayectoria de una vida que nos hace desechar todo grave escepticismo, y pensar en que hay vidas extraordinarias y hombres con condiciones divinas, cercanos a Dios, si es que no son ellos parte de las esencias divinales de ese Dios, o, en última instancia, el mismo Dios.

En esos Evangelios consta que entre sus innumerables discípulos escogió Jesús doce para la alta misión de difundir sus doctrinas, y que se llamaron, por esto, *Apóstoles*, que quiere decir, *Enviados*.

Todos eran de humilde condición. Sus nombres: Pedro (llamado Simón, y a quien Cristo apodó Pedro, esto es, piedra, porque lo destinó para que fuera la piedra central de su Iglesia); Andrés, hermano de Pedro; los hijos del Zebedeo: Jacobo o Santiago el Mayor y Juan, el discípulo más amado, y a quien por su natural impetuoso llamaron *el hijo del trueno*; Bartolomé, Mateo, Tomás, Felipe, Santiago el Menor, hijo de Alfeo; Simón, Tadeo y Judas Iscariote. Este último traicionó al Maestro, entregándolo con un beso de identificación, cuando los soldados fueron a buscarlo al huerto de los olivos, aunque después, arrepentido de hecho tan espantoso, se suicidió colgándose de una higuera. Lo sustituyó en el apostolado, Matías, recomendado por su hermano Pedro.

Más tarde fue incluido entre los apóstoles Pablo de Tarso, pues aunque no fue de los discípulos de Jesús, y más que eso, fue perseguidor de cristianos, se transformó y pregonó un alto apostolado siendo llamado el *Apóstol de los gentiles*, porque predicó entre los paganos o gentiles.

He aquí, transliterados, los párrafos del capítulo dedicado a Cristo por Moreno Espinosa en su *Historia Universal*:

“Aunque los apóstoles eran humildes, el Espíritu Santo descendió sobre ellos en el Cenáculo, infundiéndoles el don de lenguas y de sabiduría para que fuesen a anunciar la Buena Nueva por todo el mundo. Se llamó Cenáculo al lugar donde Jesús y sus discípulos habían celebrado la Pascua; y como la venida del Espíritu Santo o Paráclito se verificó cincuenta días después de la

Resurrección, la Iglesia da a la conmemoración de aquel suceso el nombre de Pentecostés, con que los judíos celebran una festividad para recordar la promulgación de la Ley en el Sinaí, verificada a los cincuenta días de la salida de Egipto, pues la palabra Pentecosté, significa cincuenta. La religión cristiana, como traída del cielo a la tierra, es la única verdadera y encierra el germen de todo perfeccionamiento que puede alcanzar el humano linaje; pero el mundo gentílico desencadenó contra los defensores de Cristo una persecución sangrienta, apurando, aunque en vano, todos los refinamientos de la crueldad, pues la sangre de los mártires era semilla de creyente. El primero que dio su sangre en holocausto de la fe cristiana, fue San Esteban, llamado por ésto Protomártir” (116)

JESUS EN LA HISTORIA

NOTICIAS DE JESUS.

Todo lo que sabemos de Jesús es lo que nos dicen los Evangelios. El judío Flavio Josefo (37—95 d. de C.) autor de una prolija y detallada historia de Judea, dada a conocer en el año 80, habla de Poncio Pilato y habla también de Juan el Bautista, quien habiendo exasperado al Tetrarca con sus diatribas, fue decapitado en el lóbrego subterráneo donde estuvo prisionero. Pero en esta historia de Josefo, titulada *La guerra de los judíos*, no hallamos ninguna mención de Jesús ni de otro personaje que pudiera identificarse con él. Josefo, sin embargo, fue un traidor a la Thora y un traidor a su raza.

Después de identificarse con la lucha de su pueblo y sus magníficas tradiciones, fue protegido por Vespasiano, y entonces escribió otra historia en 20 volúmenes, procurando que su tono fuera grato al Emperador, y que tituló *Las antigüedades de los judíos*.

Para la misma época en que vivió y se destacó Josefo otro historiador, Justo de Tiberia, aunque estaba muy

empapado de la historia y las cosas judías de los primeros siglos, ignora por completo a Jesús, cuyo nombre no aparece en ninguna página de su libro.

En cuanto a los Evangelios, hay que hacer un aserto que parecerá sorprendente, pero que ha sido objeto de múltiples lucubraciones y estudios profundos. Nosotros sabemos que algunos de los libros de la Biblia han sido atribuidos a determinados personajes, sin que podamos afirmar que sean sus autores. Tal pasa, por ejemplo, con los Salmos de David o el *Libro de Daniel*. Con los Evangelios sucede lo mismo. Hay muchas razones para creer que los nombres de los que aparecen como autores, son ficticios.

Los Evangelios se llaman, como los apóstoles, Mateo, Marco, Lucas y Juan; pero hay pocos fundamentos para aceptar que los discípulos originales tuvieran algo que ver con estos relatos apasionados y, algunos, muy doctos. No debemos perder de vista que desde el momento en que Jesús defraudó a una parte del pueblo negándose a aceptar el papel de líder político —como lo habían sido los Macabeos y el Gaumalita, por ejemplo—, tuvo que asociarse, de por fuerza, sólo con gentes humildes, pobres e ignaros pescadores, sin capacidad literaria, porque eran los que estaban más prestos a poner su esperanza en el presunto mesianismo, que no en el liderazgo enseñoreador. Si acaso cabe aceptar que los apóstoles fueron humanas huchas de impresiones y recuerdos de los hechos de Jesús, que vertieron en la mente de hábiles compiladores.

No se ha establecido con certeza quién fue Mateo, ni en qué época vivió. Se expresa cándidamente, con continua propensión a sorprenderse, y a darle más importancia a historias sencillas, cónsonas con las que por los caminos de Galilea narraba Jesús, a base de parábolas y sermones, que a hechos trascendentes e ideas filosóficas. Se trataba de un hombre sencillo y vehemente.

Juan era otra cosa. Empieza su Evangelio con una idea profunda y poderosa:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y

el Verbo era Dios. Este era el principio con Dios. Todas las cosas por El fueron hechas; y sin nada de lo que es hecho, fue hecho. En El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres. Y la luz en las tinieblas resplandece ; mas, las tinieblas no la comprendieron". (117)

Juan era un escritor noble, culto, que parecía haber tenido contacto con la filosofía griega a través de la Escuela de Alejandría. Por eso no se limitó a meros relatos biográficos, retazos de una vida de Jesús más o menos amena, sino que le imprimió a estos capítulos un noble y elevado acento teológico que no aparece en los otros evangelios.

Así, la lectura de San Juan resulta más difícil y pesada que la de San Mateo o San Lucas.

En las ciudades del Asia Menor (Ermirna, Pérgamo, Efeso), consideraban a Juan y no a Pedro, la verdadera cabeza de la Iglesia.

Este San Juan del *Cuarto Evangelio* es el mismo que aparece después como autor del *Apocalipsis*. ¿Procede el *Apocalipsis*, este libro impetuoso, tormentoso, lleno de enriquecida fantasía, de la misma mano que escribió el sereno y profundo *Cuarto Evangelio*? Es difícil presumirlo. El *Apocalipsis*, con su riqueza de pensamientos y profusión de metáforas, es poesía hebrea; el *Cuarto Evangelio*, es filosofía griega.

Lucas, el autor del Tercer Evangelio, según apunta la tradición, era doctor. Pero algunos estiman que bien pudo haber sido un maestro de escuela. Manifiesta con toda claridad que lo que cuenta de la vida de Cristo se lo ha oído a otros; historias sorprendidas, muchas de las cuales, por él escuchadas, no las ha estimado satisfactorias del todo.

Y así empieza su relato:

"Habiendo muchos tentados a poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron por sus ojos, y fueron ministros de las palabras;

me ha parecido también a mí, después de haber entendido todas las cosas desde el principio con diligencia, escribírtelas por orden, oh, mi buen Teófilo, para que conozcas la verdad de las cosas en las cuales has sido enseñado". (118).

En cuanto a Marcos, en todos los tiempos ha sido tema controversial entre los eruditos bíblicos. Ha sido particularmente brillante y vívido en el relato de los últimos días de Jesús, destellados de confusiones. Parece que desempeñó un papel, aunque no muy notorio, en el drama del Gólgota.

En opinión de muchos, ninguno de los evangelistas conoció a Jesús de cerca. Lo que sí parece es que los cuatro fueron judíos; pero escribieron sus libros en griego, y no en el arameo que hablaron Jesús y sus discípulos y que desplazó, desde los tiempos del regreso del exilio de Babilonia al viejo hebreo desaparecido.

EL CRISTO

En los primeros días del siglo XVIII un grupo llamado *el Círculo de Bolingbroke*, discutió en sesión claustral la posibilidad de que Jesús no hubiera existido. El hecho fue tan insólito que el propio Voltaire se formuló la misma duda en su libro *Ruinas de los imperios*, publicado en 1791. Se discutió tanto la absurdidad de esta tesis, que cuando Napoleón Bonaparte, en el 1808, se encontró con el erudito alemán Weiland, le preguntó de buenas a primeras si creía en la existencia histórica de Cristo.

Esta querrela de la existencia de Cristo, fue una larga polémica, que duró cerca de dos siglos.

El primer capítulo de esta larga y silenciosa batalla se debió a Herman Reimarus, quien en 1768 dejó sin publicar, sin duda eludiendo desagradables polémicas, un manuscrito de cerca de mil cuatrocientas páginas donde biografiaba las andanzas de Cristo por la tierra.

Pocos años después de su muerte, Gotthold Lessing, con la libre anuencia de los allegados y de los amigos del susodicho Reimarus, publicó parte del manuscrito inédito, bajo el título de *Fragmentos de Wolfenbüttel*, en el cual el autor sostenía que Jesús no debía ser considerado el fundador del cristianismo, sino la figura final y señera de la escatología mística de los judíos. La deducción de esta teoría es la siguiente:

Cristo nunca se propuso crear una nueva religión, sino preparar a los hombres para la destrucción del mundo, que se acercaba, y el Juicio Final de las almas, bajo la faz severa de Dios.

La controversia tomó nuevo giro cuando en 1796 Herder señaló que no había ninguna similitud entre el Cristo que conocimos en el Evangelio de San Mateo, y el que se estudia en los otros Evangelios (San Marcos, San Lucas y San Juan).

El analiza estas diferencias:

Ya en el siglo XIX, en el año 1828, Heindrich Paulus escribió mil ciento noventa y dos páginas, en las que tras una corta biografía de Cristo, hizo un estudio veleidoso de sus milagros, aceptando que tuvieron lugar, pero fueron producidos por causas naturales. Hay la posibilidad del milagro en todos los climas y latitudes, siempre y cuando intervenga la fe.

Entonces apareció la muy conocida y comentada obra *La vida de Jesús* (1835-36) de David Strauss, que, definitivamente, interpretaba los hechos extraordinarios del Cristo como puros mitos. Esto era ya el colmo de lo esperado. Era casi comparar a Jesús con los dioses veleidosos del paganismo.

Todavía en 1840, Bruno Brauer inició una serie de obras polémicas, de pasional polémica, donde reafirmaba la tesis de Strauss de que Jesús era un mito y que de él no se habló antes del siglo II de nuestra era, cuando en virtud de una rara conjunción de tradiciones griegas, judías y romanas se le empezó a dar vida humana y carácter divino.

La más famosa de todas estas obras profanas que

tratamos fue *Vida de Jesús* de Ernesto Renán, publicada en 1863. Fue una obra deleitosa por la bella prosa en que fue escrita, pero alarmante, porque despojaba al Cristo de todo atributo divino y lo presentaba como un hombre cualquiera, aunque con algunas dotes excepcionales que lo llevaron a adquirir cierta preponderancia sobre las masas, gracias a sus facultades proféticas.

Cuando un cura francés, el abate Loisy, analizó el Nuevo Testamento, dándole una interpretación textual, fue excomulgado. Luego en Holanda, Pierson, Nober y Matthas iniciaron un movimiento que dio lugar a la más insólita de las interpretaciones, cuando negaron, laboriosamente, la realidad histórica de Jesús.

En Alemania, en 1906, Arthur Drews, y en Inglaterra W. B. Smith y J. M. Robertson, también negaron la existencia de Jesús, mientras el francés Binet Sanglé, con una irreverencia que pasaba de la raya, en su libro *La locura de Jesús*, afirmaba que el Mesías era un paranoico, pálido y tuberculoso; paranoia a la que debió la fatigante pertinacia de su apostolado.

Nosotros creemos que Jesús fue una milagrosa realidad en la tierra y que hay innumerables evidencias de su paso mortal por nuestro mundo.

Josefo, que en su libro *La guerra de los judíos* no menciona a Jesús, ochenta años después de nacido el Salvador, en su libro *Antigüedades de los judíos*, publicado trece años después del primero (93 d. de C.) hace la siguiente brevísima alusión a Cristo:

Por aquel tiempo vivía Jesús, un hombre santo, si es que puede ser llamado hombre, pues realizaba cosas maravillosas y enseñaba a los hombres, y recibía gozosamente la verdad, y fue seguido por muchos judíos y muchos griegos. Era el Mesías. (119)

Única cita y, por cierto, con apariencia de amañamiento. Un hecho es rigurosamente histórico: ya en el 117, las

sectas cristianas pululaban por Roma y eran perseguidas cruenta y cruelmente, según se desprende de lo que Tácito, enemigo de Nerón, escribe:

El Emperador ha infligido crueles torturas a ciertos hombres y mujeres, a los cuales se odia por sus crímenes y a quienes el populacho llama cristianos.

Cristo, de quien han tomado su nombre, fue muerto bajo el reinado de Tiberio, por un tal Poncio Pilato, que era procurador de Judea, una distante provincia de Asia. Aunque reprimida durante un tiempo, esta terrible y detestable superstición ha aparecido de nuevo, no sólo en Judea, la tierra del mal, sino también en Roma, hacia donde, por desgracia, tienden a gravitar todas las infamias y las irregularidades del mundo" (120).

En cambio, los testimonios cristianos de la real existencia de Cristo comienzan con las cartas atribuidas a Pablo de Tarso y cuyo verdadero autor es objetable pues consta que son de fechas muy distantes (algunas anteriores al 64 a. de C.). Tienen una importancia primordial para la historia del cristianismo. Esas cartas fueron dirigidas a los pueblos de los gentiles, y son las siguientes:

A los romanos, a los corintios (dos epístolas), A los gálatas, A los efesios, A los filipenses, A los colosenses, A los tesalonicenses, A Timoteo (a quien llama "verdadero hijo en la fe: Gracia, misericordia y paz de Dios Nuestro Padre y de Cristo Nuestro Señor" (121), y a quien escribe dos epístolas), A Tito, A Filemón y A los hebreos.

En todas sus epístolas, San Pablo se proclama a sí mismo discípulo de Jesucristo.

Con Pablo de Tarso adquiere el cristianismo vigencia universal.

NOTAS

(109) Daniel fue encerrado en un antro lleno de leones, saliendo incólume de allí. Luego salió ileso, al igual que sus tres primos Sadrac, Mesac y Abednego, de un horno encendido.

(110) Weber Max.— Historia de la Cultura— Ed.

(111) La secta jaina fue fundada en la mitad del siglo VI a. de C. por Mahavira, de la tribu de los lichavis, en Bihar. Eran naturalistas y negaban Los Vedas, así como la existencia de un Creador. Para ellos, en todo, aun en las piedras, había alma. Un jaina no puede matar ningún animal— ni comer sus carnes— sólo a sí mismo, porque el suicidio es elogiado, sobre todo si se dejan morir de hambre.

(112) Mateo 16.6.

(113) Mateo 23.13.

(114) Castelar, Discurso, Páginas selectas.

(115) Posiblemente murió de lepra, enfermedad muy difundida entonces.

(116) Moreno Espinosa, Historia Universal. Ed.

(117) San Juan 1. 1 a 5.

(118) San Lucas 1. 1 a 4.

(119) Josefo. Antigüedades de los judíos. Ed. Oriente.

(120) Tácito. Los Anales. 21. Ed. Sopena.

(121) 1.2.

NOTICIAS Y COMENTARIOS DE LA UAPFU